



### **Más allá de las palabras.**

Una historia de conexión entre una terapeuta de juego y una pequeña niña huérfana.

Por Lisa Dion LPC, RPT-S

Me senté en medio de la habitación y esperé. Me preguntaba qué niño vendría a mí. Ella vino. Tenía unos 6 años y ni siquiera sé su nombre. Tenía un lazo muy grande en el pelo en la parte superior de la cabeza que la hacía parecer más joven de lo que realmente era. Se acercó a mí de una manera abrumadora y desorientadora, lanzando burbujas de un generador de burbujas justo en mi cara. Traté de responder, pero recordé que yo no hablo ruso y ella no habla inglés. Me puse nerviosa por un segundo. ¿Cómo iba a hacer terapia de juego con esta niña huérfana si no podemos entendernos? Respiré hondo y me recordé que la magia de la terapia de juego tiene muy poco que ver con la palabra hablada y todo que ver con el nivel de sintonía entre el terapeuta y el niño.

También me recordé a mí misma que una madre y un bebé no hablan el mismo idioma, pero de alguna manera se comunican. Respiré de nuevo y luego volví a ser partícipe del encuentro. Empezamos a jugar. Se acercó a mí rápido, desde todos los ángulos, dejó poco espacio en mi espacio y comencé a sentir su caos interno, su lucha por poder predecir su entorno y su desafío de mantener los pies en la tierra. Usé todo mi cuerpo, sonidos y expresiones faciales para hacerle saber cómo me sentía. A medida que esta interacción continuaba, ella comenzó a hacer contacto visual conmigo y a decir "Dah, dah, dah" repetidamente. Más tarde supe que ella estaba diciendo: "Sí, sí, sí".

Y así prosiguió nuestra danza de sintonía. Miré alrededor de la habitación a los otros niños y noté que ella y yo éramos los únicos que nos conectamos. Todos los demás niños huérfanos estaban en sus propios pequeños mundos, aparentemente ajenos a lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Tomó una muñeca, la puso en un cochecito y me la acercó. Rápidamente pude saludar al bebé y luego me lo quitaron. Esta pequeña niña se quedó allí abrumada mientras mecía con fuerza al bebé en el coche de bebé. El bebé se cayó y quedó abandonado en el suelo. "Oh, el bebé..." pensé. Mi cuerpo se llenó de tristeza y me sentí impotente. Justo cuando ese sentimiento comenzó a hundirme, ella estaba de vuelta en mi cara con las burbujas, pero esta vez limpió las burbujas por todas partes. Lentamente, los sentimientos de esta experiencia comenzaron a crecer a través de las grietas de mi abrumación. Surgió más tristeza y un sentimiento de asco. Nuevamente le hice un gesto de regreso a ella de cualquier manera que pude para hacerle saber cómo me sentía y una vez más me miró a los ojos y dijo: "Dah, dah, dah".

Noté que estaba empezando a calmarse y que gateaba sobre manos y rodillas. Soltó al bebé y se arrastró hacia mí y, como un bebé, se subió a mi regazo y se dejó abrazar unos segundos. Tomé una respiración profunda. Mi agobio y mi tristeza empezaron a transformarse. Por un momento, me sentí profundamente conectado con esta niña.

Ella hizo un gesto para que me levantara y así lo hice. Ella quería que la sostuvieron y yo lo hice. Comencé a mecerla y pude sentir su pequeño cuerpo tratando de relajarse. Y luego, de la nada, ella había inclinado a un lado y agarrado un gran dinosaurio que estaba en el estante y ahora me estaba

abrumando y asustando nuevamente. Aquí estaba de pie en medio de esta sala de juegos en el orfanato sosteniendo a una niña de 6 años que tan desesperadamente quería ser un bebé y tenía tanto miedo de conectarse por completo. Lo he entendido... en su mundo, simplemente no es seguro hacer eso. La miré a los ojos, respiré de otra manera, me anclé a mí centro y con cada onza de mi ser traté de hacerle saber que estaba bien relajarse. Repetimos este ciclo varias veces: intentamos conectarnos y luego el dinosaurio venía y me asustaba.

Escuché una voz interna, llámese intuición que decía: "Tararea una canción". Pensé: "Qué diablos, lo intentaré". Comencé a mecerla suavemente de un lado a otro y tararear una pequeña melodía (la melodía que solía tararear a mi propia hija cuando era un bebé) y sucedió la magia. Bajó la cabeza en mis brazos y cerró los ojos. Sentí que su cuerpo cedió y durante aproximadamente un minuto se relajó por completo y durante aproximadamente un minuto me relajé por completo. Había estado en Rusia por unos días rodeado de nuevas vistas y sonidos. No hablaba el idioma y tuve que depender de un traductor para satisfacer mis necesidades. Había estado muy desregulada, teniendo dificultades para orientarme, un poco perdida en muchos sentidos, pero en este momento sosteniendo a esta niña me encontré de nuevo. Podía sentir mi centro, podía sentir mi claridad, estaba tan en sintonía con este pequeño ser que era difícil saber quién estaba arraigando a quién. Dan Siegel se refiere a esto como sintonización de afecto, el nivel profundo de sintonización que ocurre entre una madre y su bebé.

Y luego abrió los ojos, agarró al dinosaurio y me asustó una vez más. Continuamos haciendo este baile hasta que llegó el momento de irme. Cuando llegó el momento de irme, ella se agarró a mi dedo como un niño pequeño y no lo soltó. Un cuidador huérfano vino a ayudar con la transición. Mientras me alejaba por el pasillo, me di la vuelta y allí estaba ella parada en la puerta soplándome besos. La soplé uno de vuelta y se la envié directamente a su corazón. No puedo dejar de pensar en ella y solo puedo esperar que nuestro intercambio la impactó tanto como me impactó a mí y que en algún lugar de su pequeño cuerpo y mente, ella pudo registrar lo que se siente al ser vista, escuchada y cuidada en el nivel más profundo. En 15 minutos me mostró su mundo y le hice saber que entendía sin poder usar un idioma hablado. La curación que ocurrió para ambos ese día fue simplemente, Más allá de las palabras.

Este artículo fue publicado en la revista Association for Play Therapy Magazine Volume 6, Issue 1, March 2011